

José de Espronceda

QUE ES MI DIOS LA LIBERTAD

Edición de
JOSÉ LUIS ARGÜELLES



Primera edición: diciembre 2025

© Selección y prólogo: José Luis Argüelles

© IMPRONTA

c/ Cura Sama, 8, 4.º

33202 GIJÓN / XIXÓN

info@improntaeditorial.com

<https://improntaeditorial.com>

Tfno. 985 09 83 42

Diseño y compaginación: Marina Lobo

ISBN 979-13-990473-6-3

DL AS 00629-2025

Producción: Fotomecánica Principado

MODERNIDAD DE ESPRONCEDA

JOSÉ LUIS ARGÜELLES

*Ve a gozar extasiada
la gloria inmaculada
de Calderón, de Lope y de Cervantes.*

E. GIL Y CARRASCO

...

*Canta el Himno a la muerte que inspirara
a tu virtud el infortunio humano,
y escupe al vulgo hipócrita en la cara.*

A. ROS DE OLANO

I

El primer poeta moderno en nuestra lengua. Jaime Gil de Biedma definió así a José de Espronceda en su prólogo de *El estudiante de Salamanca* y *El diablo mundo*, las dos obras mayores, junto con los artículos de Mariano José de Larra, del romanticismo español. Y eso que el autor de *Las personas del verbo*, perspicaz crítico, señala algunas de las imperfecciones que en su opinión, firmada en 1966 y corregida en 1980, afean o desdibujan la lírica esproncediana. En todo caso y pese a ese matizado elogio de Gil de Biedma, es cierto lo que este decía hace ya más de medio siglo: hablamos de un poeta al que debemos leer con una «pequeña dosis de buena voluntad inicial». ¿Por qué? Sencillamente porque su «música verbal» —la del conjunto de las llamadas

«canciones», sin ir más lejos— suena distinta de la que está acostumbrado «nuestro oído». La poesía rimada y estrófica ha ido perdiendo cada vez más espacio en el gusto de muchos lectores. Y más en unos tiempos en que el género de la novela (y la novela de género) se ha adueñado —también la prosa plana— de las librerías.

Esta opinión de Gil de Biedma es compartida, en general, por otros importantes poetas y críticos españoles, desde Pedro Salinas hasta Guillermo Carnero. Este último escribió una espléndida introducción a una antología de Espronceda que Ediciones Júcar publicó en su colección Los Poetas en 1974. Subraya ahí el «papel capital» de los poemas románticos de Espronceda, en concreto el «Canto I» de *El diablo mundo*, en el «origen de la mejor poesía del siglo xx». Espronceda es un maestro del poema narrativo largo, según Carnero, y hay quien ha rastreado las influencias del creador de Félix de Montemar en autores tan distintos y principales como Campoamor o Bécquer, los hermanos Machado («No despreciemos a los poetas del siglo xix, desde los románticos hasta los simbolistas, porque nada hay en ellos que sea trivial», escribió don Antonio) y Juan Ramón Jiménez, por dar solo algunos nombres. Domingo Ynduráin vio la huella de Espronceda en Valle-Inclán, por ejemplo. Para Diego Martínez Torrón, a quien debemos *El otro Espronceda* y la mejor edición de las obras completas del poeta, este «sacó a la literatura española de la topificación esclerotizada posterior al Siglo de Oro» y es, además, el iniciador de la «modernidad» literaria en la poesía española.

Dos excepciones al amplio elogio con que ha sido acogida la obra de Espronceda desde 1840, cuando se publicó su

libro *Poesías*, hasta la actualidad, son Miguel de Unamuno y Luis Cernuda. Tengo la impresión de que los dos se dejaron llevar por varias de las leyendas que pergeñaron con buena o mala fe algunos de los primeros biógrafos y comentaristas, desde Antonio Ferrer del Río hasta José Cascales. Páginas, en general, con inexactitudes y trufadas de hipérboles. Fue Robert Marrast quien puso orden y arrojó luz sobre casi todas las etapas vitales del autor del «Canto a Teresa» en *José de Espronceda y su tiempo*. Un volumen que permite entender la crucial relación entre su protagonista y la época que le tocó vivir. Hablamos de unos años atravesados por las tensiones entre el absolutismo que se resistía a morir y el naciente ideario de la Revolución Francesa, con el telón de fondo de las guerras napoleónicas y el programa liberal que impregnó la primera revolución industrial.

Pero si interesa aquí el reticente análisis de Cernuda, gran poeta él mismo que dejó elaboraciones propias sobre el canon de la lírica española y el examen de sus insuficiencias, es porque sus críticas a Espronceda han logrado un cierto aplauso. Y ha sido así aunque se equivoca, a mi juicio, al agrupar en una misma poesía de tono declamatorio al duque de Rivas (Ángel de Saavedra), José Zorrilla y Espronceda. Al respecto, escribe Cernuda: «a quienes la estimación del público contemporáneo elevó tan inmerecidamente». ¿Es comparable la radicalidad expresiva de Espronceda con las aportaciones líricas de Rivas y Zorrilla? Para el autor de *La realidad y el deseo*, el poeta fundamental del siglo XIX en España es Bécquer. También ensalza a Enrique Gil y Carrasco como anticipador de algunos tonos becquerianos. Hace resaltar que ahí está el hontanar de nuestra lírica

moderna. Es así de claro: «Con Larra se marcha la parte amarga, satírica y dura de nuestro romanticismo. Con Bécquer aparece el poeta». Creemos que al menospreciar las conquistas esproncedianas, tan evidentes, es injusto.

Y, además, lo que Cernuda no dice es que los versos de Gil y Carrasco o los de Bécquer (este último pertenece a la generación posterior, postromántica) se escriben tras la revolución lírica previa que debemos, en sus hitos fundamentales y en su variedad de formulaciones, al genio de Espronceda. De su pluma salieron los dos poemas más importantes del romanticismo español. Aquí también defendemos, al igual que han hecho otros comentaristas, que esos textos son «Canción del pirata», en la que Joaquín Casaldueiro vio el verdadero manifiesto de nuestro mejor romanticismo, y el «Canto a Teresa». Y añadimos esa obra perfecta que es *El estudiante de Salamanca*, en la que se da una vuelta de tuerca al asunto tan español del donjuanismo desde la rebeldía, la insatisfacción y la elucubración metafísica. Otra cosa muy distinta a lo que hizo solo unos años después Zorrilla.

Ricardo Navas Ruiz afirma en *El romanticismo español*: «Lo que pretendió Espronceda fue renovar el panorama poético español, acomodándolo a las corrientes modernas». Lleva razón. Y dice más: «No cabe duda de que el neoclasicismo, inculcado por (Alberto) Lista, estaba profundamente arraigado en el poeta y que le costó mucho tiempo cambiar de rumbo». Para entender ese golpe de timón, sin el que resulta inexplicable buena parte de la mejor poesía española posterior (es lo que no acepta Cernuda y sí vieron Gil de Biedma o Carnero), es conveniente detallar algunos episodios de la vida de Espronceda y explicar su contundente

posición política, siempre en el sector más progresista del liberalismo español. La transformación de su lírica (aporta por ejemplo a la poesía española la voz poemática del rebelde que vive en los márgenes de la sociedad, del disconforme, una línea que llega hasta hoy mismo, como podemos ver en algunos poemas por ejemplo de José Luis Piquero) es un largo ejercicio de paciencia y audacia que van desde el neoclasicismo inicial (*El Pelayo*) hasta el romanticismo subjetivo del incompleto *El diablo mundo*, probablemente la obra más ambiciosa del romanticismo español, pasando por el *ossianismo* (la influencia de James Macpherson) y otros tanteos estilísticos en busca de la expresión nueva y revolucionaria.

2

Espronceda nació el 25 de marzo de 1808 en la localidad extremeña de Almendralejo. Su madre, María del Carmen Delgado, se puso de parto cuando acompañaba a su marido, el entonces sargento mayor Camilo de Espronceda, camino de Badajoz durante una de las campañas militares contra las tropas invasoras francesas. El nacimiento y primeros años del poeta coinciden con la Guerra de la Independencia española y las contiendas napoleónicas europeas. El 19 de marzo de 1812 se promulgó en Cádiz la primera Constitución de España. Conocida como la Pepa y de duración breve, su influencia liberal fue muy importante para sucesivas generaciones que vieron en este texto una referencia contra la monarquía absoluta.

Hay pocos datos de los primeros años de la vida de Espronceda, pero sabemos que en 1820 su familia se esta-

blece en Madrid y que él ingresa en el colegio de San Mateo, donde da clases Alberto Lista, que será su primer y carismático mentor literario. Tras el regreso de Fernando VII comienza el llamado Sexenio Absolutista, hasta 1820. El 4 de mayo de 1814 el rey anula la Constitución de Cádiz. Tras los fracasos de los levantamientos liberales de Espoz y Mina y Porlier, se produce el triunfo que protagoniza Riego el 1 de enero de 1820 en Cabezas de San Juan (Sevilla). Martínez de la Rosa, jefe político de los doceañistas, es decir, de los liberales moderados, encabeza el Gobierno. En 1820, las potencias reaccionarias europeas forman la Santa Alianza e intervienen en España, a petición del rey, con la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, un contingente militar francés.

Todos estos acontecimientos políticos y bélicos tienen gran importancia en la formación de Espronceda. En 1823, por ejemplo, lo vemos formando parte de Los Numantinos, sociedad secreta que llegó a presidir en sustitución de su amigo Patricio de la Escosura. Un grupo de adolescentes que ha jurado vengar la muerte de Riego, ejecutado de manera afrentosa por Fernando VII. Compagina esta militancia política con su participación en la Academia del Mirto, cenáculo tutelado por Lista en el que Espronceda se empapa de la poética neoclásica. Con diecisiete años, el poeta sufre su primera detención: es recluido durante tres meses en un convento de Guadalajara. Decide abandonar España y llega, vía Gibraltar, a Lisboa, aunque las autoridades portuguesas lo expulsan del país. Algunos biógrafos dan por seguro que Espronceda conoció a su gran y desdichado amor, Teresa Mancha, en la capital lusa, donde también estaba exiliado el

AL SOL

HIMNO

Para y óyeme, ¡oh Sol! Yo te saludo
y extático ante ti me atrevo a hablarte:
ardiente como tú mi fantasía,
arrebataada en ansia de admirarte,
intrépidas a ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
sublime resonando,
del trueno pavoroso
la temerosa voz sobrepujando,
¡oh sol!, a ti llegara
y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra
diera también su ardor a mis sentidos,
al rayo vencedor que los deslumbra,
los anhelantes ojos alzaría,
y en tu semblante fúlgido atrevidos
mirando sin cesar los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
siendo niño inocente,
seguirte ansiaba en el tendido cielo,
y extático te vía
y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
que ciñe el rico en perlas Océano,
al término asombroso de Occidente,

las orlas de tu ardiente vestidura
tiendes en pompa, augusto soberano,
y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el día,
y, alma y vida del mundo,
tu disco en paz majestuoso envía
plácido ardor fecundo,
y te elevas triunfante,
corona de los orbes centellante.

Tranquilo subes del cenit dorado
al regio trono en la mitad del cielo,
de vivas llamas y esplendor ornado,
y reprimes tu vuelo.
Y desde allí tu fúlgida carrera
rápido precipitas,
y tu rica, encendida cabellera,
en el seno del mar trémula agitas,
y tu esplendor se oculta,
y el ya pasado día
con otros mil la eternidad sepulta.

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
en su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
de imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío
secas y leves hojas desprendidas,
que en círculo se mecen,

y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de la cólera divina,
viste anegarse el universo entero,
cuando (las aguas por Jehová lanzadas,
impelidas del brazo justiciero,
y a mares por los vientos despeñadas)
bramó la tempestad; retumbó en torno
el ronco trueno y con temblor crujieron
los ejes de diamante de la tierra;
montes y campos fueron
alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
y entonces tú, como señor del mundo,
sobre la tempestad tu trono alzabas,
vestido de tinieblas,
y tu faz engreías,
y a otros mundos en paz resplandecías.

Y otra vez nuevos siglos, nuevas gentes
viste llegar, huir, desvanecerse
en remolino eterno, cual las olas
llegan, se agolpan y huyen de Océano,
y tornan otra vez a sucederse;
mientras inmutable tú, solo y radiante,
¡oh Sol!, siempre te elevas
y edades mil y mil huellas triunfante.

¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
sin que nunca jamás tu inmensa hoguera

pierda su resplandor, siempre incansable,
audaz siguiendo tu inmortal carrera,
hundirse las edades contemplando,
y solo, eterno, perennal, sublime,
monarca poderoso, dominando?
No, que también la muerte,
si de lejos te sigue,
no menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
eres tú de otro sol que otro universo
mayor que el nuestro un día
con doble resplandor esclarecía?

Goza tu juventud y tu hermosura,
¡oh Sol!, que cuando el pavoroso día
llegue que el orbe estalle y se desprenda
de la potente mano
del Padre Soberano,
y allá a la eternidad también descienda,
deshecho en mil pedazos, destrozado,
y en piélagos de fuego
envuelto para siempre, y sepultado
de cien tormentas al horrible estruendo,
en tinieblas sin fin tu llama pura
entonces morirá. Noche sombría
cubrirá eterna la celeste cumbre:
ni aun quedará reliquia de tu lumbre.

A LA MUERTE DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS

Helos allí: junto a la mar bravía
cadáveres están ¡ay! los que fueron
honra del libre, y con su muerte dieron
almas al cielo, a España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
sus nobles pechos que jamás temieron,
y las costas de Málaga los vieron
cual sol de gloria en desdichado día.

Espanoles, llorad; mas vuestro llanto
lágrimas de dolor y sangre sean,
sangre que ahogue a siervos y opresores,

y los viles tiranos con espanto,
siempre delante amenazando vean
alzarse sus espectros vengadores.

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman,
por su bravura, *el Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar ríela,
en la lona gime el viento
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Estambul.

«Navega velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

Veinte presas
hemos hecho

a despecho,
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,
mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.*

Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra;
que yo aquí tengo por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.

*Que es mi barco mi tesoro,
que es mi dios la libertad,*

EL VERDUGO

De los hombres lanzado al desprecio,
de su crimen la víctima fui,
y se evitan de odiarse a sí mismos,
fulminando sus odios en mí.

Y su rencor
al poner en mi mano, me hicieron
su vengador;
y se dijeron:
«Que nuestra vergüenza común caiga en él;
se marque en su frente nuestra maldición;
su pan amasado con sangre y con hiel,
su escudo con armas de eterno baldón
sean la herencia
que legue al hijo,
el que maldijo
la sociedad.»

¡Y de mí huyeron,
de sus culpas el manto me echaron,
y mi llanto y mi voz escucharon
sin piedad!

Al que a muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo
imaginan los hombres tal vez?

¡Y ellos no ven
que yo soy de la imagen divina
copia también!

Y cual dañina
fiera a que arrojan un triste animal,
que ya entre sus dientes se siente crujir,
así a mí, instrumento del genio del mal,
me arrojan el hombre que traen a morir.

Y ellos son justos,
yo soy maldito;
yo sin delito
soy criminal:
mirad al hombre
que me paga una muerte; el dinero
me echa al suelo con rostro altanero,
¡a mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos
y del reo el histérico ¡ay!,
y el crujir de los nervios rompidos
bajo el golpe del hacha que cae,
son mi placer.

Y al rumor que en las piedras rodando
hace, al caer,
del triste saltando
la hirviente cabeza de sangre en un mar,
allí entre el bullicio del pueblo feroz
mi frente serena contemplan brillar,
tremenda, radiante con júbilo atroz.

Que de los hombres
en mí respira
toda la ira,

todo el rencor:
que a mí pasaron
la crueldad de sus almas impía,
y al cumplir su venganza y la mía
¡gozo en mi horror!

Ya más alto que el grande que altivo
con sus plantas hollara la ley,
al verdugo los pueblos miraron
y mecido en los hombros de un rey;
y en él se hartó,
embriagado de gozo aquel día
cuando expiró;
y su alegría
su esposa y sus hijos pudieron notar;
que en vez de la densa tiniebla de horror,
miraron la risa su labio amargar,
lanzando sus ojos fatal resplandor.

Que el verdugo
con su encono
sobre el trono
se asentó.

Y aquel pueblo
que tan alto le alzara bramando,
otro rey de venganzas, temblando,
en él miró.

En mí vive la historia del mundo
que el destino con sangre escribió,

y en sus páginas rojas Dios mismo
mi figura imponente grabó.

La eternidad
ha tragado cien siglos y ciento,
y la maldad
su monumento
en mí todavía contempla existir;
y en vano es que el hombre do brota la luz
con viento de orgullo pretenda subir:
¡Preside el verdugo los siglos aún!

Y cada gota
que me ensangrienta,
del hombre ostenta
un crimen más.
Y yo aún existo,
fiel recuerdo de edades pasadas,
a quien siguen cien sombras airadas
¡siempre detrás!

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
presta gracia a tu risa infantil.

¡Ay!, tu candor,
tu inocencia, tu dulce hermosura
me inspira horror.

¡Oh! tu ternura,
mujer, ¿a qué gastas con ese infeliz?
¡Oh!, muéstrate madre piadosa con él;

EL DIABLO MUNDO

CANTO I

(Fragmento)

Sobre una mesa de pintado pino
melancólica luz lanza un quinqué,
y un cuarto ni lujoso ni mezquino
a su reflejo pálido se ve:
suenan las doce en el reloj vecino
y el libro cierra que anhelante lee
un hombre ya caduco, y cuenta atento
de cansado reloj el golpe lento.

Carga después sobre la diestra mano
la ya rugosa y abrumada frente,
y un pensamiento fúnebre, tirano,
fija y domina, al parecer, su mente:
borrarlo intenta en su ansiedad en vano;
vuelve a leer, y en tanto que obediente,
se somete su vista a su porfía,
lánzase a otra región su fantasía.

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!»,
con sonrisa sarcástica exclamó,
y en la silla tomando otra postura,
de golpe el libro y con desdén cerró:
lóbrega tempestad su frente oscura
en remolinos densos anubló,
y los áridos ojos quemó luego
una sangrienta lágrima de fuego.

«¡Ay, para siempre —dijo— la ufanía
pasó ya de la hermosa juventud,
la música del alma y melodía,
los sueños de entusiasmo y de virtud...!
Pasaron, ¡ay!, las horas de alegría.
y abre su seno hambriento el ataúd,
y único porvenir, sola esperanza.
la muerte, a pasos de gigante avanza.

¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?
¡Un misterio también...! Corren los años
su rápida carrera, y escondida
la vejez llega envuelta en sus engaños:
vano es llorar la juventud perdida,
vano buscar remedio a nuestros daños;
un sueño es lo presente de un momento,
¡muerte es el porvenir, lo que fue, un cuento...!

Los siglos a los siglos se atropellan,
los hombres a los hombres se suceden,
en la vejez sus cálculos se estrellan,
su pompa y glorias a la muerte ceden:
la luz que sus espíritus destellan
muere en la niebla que vencer no pueden,
¡y es la historia del hombre y su locura
una estrecha y hedionda sepultura!

¡Oh, si el hombre tal vez lograr pudiera
ser para siempre joven e inmortal,
y de la vida el sol le sonriera,
eterno de la vida el manantial!

¡Oh, cómo entonces venturoso fuera,
roto un cristal, alzarse otro cristal
de ilusiones sin fin contemplaría;
claro y eterno sol de un bello día...!

Necio, dirán, tu espíritu altanero.
¿Dónde te arrastra, que insensato quiere
en un mundo infeliz, perecedero,
vivir eterno mientras todo muere?
¿Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?
¿No lo ves que todo es humo, y polvo y viento?
¡Loco es tu afán, inútil tu lamento...!»

Todos más de una vez hemos pensado
como el honrado viejo en este punto;
y mucho nuestros frailes han hablado,
y Séneca y Platón sobre el asunto;
yo, por no ser prolijo ni cansado
(que ya impaciente a mi lector barrunto),
diré que al cabo, de pensar rendido,
tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana
irse a dormir a lo mejor del cuento,
y cortado dejar para mañana
el hilo que anudaba el pensamiento:
dicen que el sueño del olvido mana
blando licor que calma el sentimiento;
mas, ¡ay!, que a veces fijo en una idea,
¡bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño, y luego
una visión... —¡Visión!, frunciendo el labio,
oigo que clama, de despecho ciego,
un crítico feroz— . Perdona, ¡oh sabio!
Sabio sublime, espérame, te ruego;
y yo te juro por mi honor, ¡oh Fabio...!
Si no es Fabio tu nombre, en este instante
a dártelo me obliga el consonante;

juro que escribo para darte gusto
a ti solo, y al mundo entero enojo,
un libro en que a Aristóteles me ajusto
como se ajusta la pupila al ojo:
mis reflexiones sobre el hombre justo
que sirve a su razón, nunca a su antojo,
publicaré después para que el mundo
mejor se vuelva, ¡oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta
un paso más en su inmortal carrera
cuando algún escritor como yo canta
lo primero que salta en su mollera;
pero no es eso lo que más me espanta,
ni lo que acaso espantará a cualquiera:
terco escribo, en mi loco desvarío,
sin ton ni son y para gusto mío.

La zozobra del alma enamorada,
la dulce vaguedad del sentimiento,
la esperanza, de nubes rodeada,
de la memoria el dolorido acento,

los sueños de la mente arrebatada,
la fábrica del mundo y su portento,
sin regla ni compás canta mi lira:
¡solo mi ardiente corazón me inspira!

Y a la extraña visión volviendo ahora
que al triste viejo apareció en su sueño
(que, algunas veces, cuando el alma llora,
la mente en consolarnos pone empeño,
y bienes y delirios atesora
que hacen más duro, al despertar, el ceño
de la suerte fatal que en esta vida
nos persigue con alma empedernida).

Es fama que soñó... y he aquí una prueba
de que nunca el espíritu reposa,
y esto otra vez a digresar me lleva
de la historia del viejo milagrosa;
y a nadie asombre que a afirmar me atreva
que siendo el alma la materia odiosa
aquí, para vivir en santa calma,
o sobra la materia o sobra el alma.

Quiere aquella el descanso, y en el lodo
nos hunde perezosa y encenaga;
esta presume adivinarlo todo,
y en la región del infinito vaga:
flojo, torpe, a traspiés como un beodo
que con sueños su mente el vino estraga,
la materia al espíritu obedece
hasta que, yerta al fin, cede y fallece.

ÍNDICE

<i>Modernidad de Espronceda</i>	7
La entrada del invierno en Londres	27
Al sol	33
A la muerte de Torrijos y sus compañeros	37
Canción del pirata	38
El mendigo	43
El verdugo	49
El reo de muerte	54
El canto del cosaco	60
A una estrella	66
A la traslación de las cenizas de Napoleón	71
A Jarifa en una orgía	74
Al dos de mayo	79
A *** dedicándole estas poesías	86
<i>El estudiante de Salamanca</i> (Parte primera)	87
<i>El estudiante de Salamanca</i> (Parte segunda)	95
<i>El diablo mundo</i> (Canto I). Fragmento	106
<i>El diablo mundo</i> (Canto II). A Teresa	115
El ángel y el poeta (Episodio de <i>El diablo mundo</i>)	129